

LA ECOLOGÍA COMO FRATERNIDAD CÓSMICA EN FRANCISCO DE ASÍS

Eduardo García Peregrín

1.- A modo de introducción.-

Permítanme que comience mis palabras evocando una situación que ocurrió hacia los primeros meses de 1225. En el convento de San Damián, Francisco de Asís asistía al nacimiento de un nuevo día. Después de los sufrimientos de la noche, se sentía mejor y parecía gustar de una paz más serena de lo normal. Esa mañana, Francisco tenía ganas de cantar, volvía a sentir el murmullo de su corazón que le invitaba a cantar un tema al que venía dándole vueltas muchos años atrás. Era un canto que surgía espontáneamente en sus labios, con la dimensión de toda la creación. Reunía todas las cosas en una fraternidad universal: el sol, la luna y las estrellas, el viento y las nubes, el agua, el fuego, la tierra; todas las criaturas cantaban un único himno de alabanza fraternal. Entonces Francisco llamó, se recogió un momento, se colocó un palo en el hombro izquierdo y otro palo en la mano derecha, a modo de un violín, y cantó:

*“Altísimo, omnipotente, bondadoso Señor,
tuyos son las alabanzas, la gloria y el honor, y toda bendición.
A ti sólo, Altísimo, te corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.*

*Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
que ilumina y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticias de tu amor.*

*Loado seas, mi Señor, por la hermana luna de blanca luz menor,
y las estrellas claras que tu poder creó:
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
en el cielo las has formado, luminosas, preciosas y bellas.*

*Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
por el aire y el nublado,
y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.*

*Loado sea mi Señor, por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta y humilde.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y es bello y alegre,
y robusto y fuerte.*

*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sostiene y nos gobierna,
y produce frutos diversos,
con vistosas flores y hierbas.”*

Se cuenta que después de cantarlo personalmente a los presentes, les encargó que el hermano Pacífico y otros de buena voz fueran por esos mundos de Dios cantándoselo a todas las gentes, invitándolas a las alegrías del espíritu¹. Por eso le puso entonces la siguiente estrofa final:

*“¡Las criaturas todas, load a mi Señor!
¡Servidle con ternura y humilde corazón!
¡Agradeced sus dones, cantad su creación!*

Francisco lo llamó el “Cántico del hermano sol” o también el “Cántico de las criaturas”. Escrito en la lengua del pueblo casi medio siglo antes del nacimiento de Dante, este canto es considerado como la joya más antigua y más preciosa de la naciente poesía italiana. Es también la obra más conocida de Francisco de Asís.

En el verano de 1225, Francisco regresó desde Rieti a Asís. Al llegar, se encontró la ciudad dividida: el obispo Guido había excomulgado al podestá Opórtolo, y éste mandó que nadie en la ciudad tratara con el obispo. El litigio era escandaloso, por lo que los convocó a los dos para oír el “Cántico de las criaturas”. Al cántico ya conocido, Francisco había añadido la siguiente estrofa:

*“Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz
pues de ti, Altísimo, coronados serán”.*

Los versos de Francisco lograron su objetivo: obispo y podestá se perdonaron mutuamente y se abrazaron en presencia de todo el pueblo².

Ante la progresión de sus dolencias, Francisco fue conducido a Siena en la primavera de 1226. Durante ese verano, le preguntó a un médico amigo suyo sobre el curso de su enfermedad y al saber que se acercaba su final, Francisco se incorporó del lecho, alzó los ojos al cielo y entonó una vez más el “Cántico a las criaturas”. Al terminar, Francisco añadió la última estrofa:

*“Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de los que mueren en pecado mortal!
¡Dichosos los que cumplen tu santa voluntad,
porque la muerte segunda no les hará mal!*

Con la nueva estrofa, el Cántico quedaba completo, tal como hoy lo conocemos. Los cronistas dicen que se lo cantaban a Francisco durante el día y la noche. La tarde del 3 de octubre de 1226, abrió sus ojos de agonizante y gritó:

- ¡Ya llega! ¡Ya llega! ¡Ya ha llegado! ¡Bienvenida seas, hermana mía, Muerte!

Francisco mandó que, en honor de la hermana muerte, derramaran polvo y ceniza sobre su cuerpo. Así lo hicieron. Después comenzó a rezar el Salmo 141. Al

¹ Espejo de Perfección, 100.

² Leyenda de Perusa, 84; Espejo de perfección, 101.

terminarlo, calló definitivamente. Ya no cantó más. Ya no se movió más. Francisco tenía 45 años. Todo se había consumado para él.

El “Cántico de las criaturas” representa uno de los logros más importantes de la espiritualidad de Francisco, la reconciliación completa y total con el cielo y con la tierra, con la vida y con la muerte, con el universo y con Dios. Es una de las joyas de la poesía occidental y de la mística de la naturaleza. Algunos consideran la imagen de Francisco como la de un poeta romántico, por estar fundamentada sobre el sentido y la unión con la naturaleza, pero su experiencia es mucho más profunda. Francisco no fue un poeta romántico, aunque fuese poeta y fuese romántico. Fue un poeta esencial que supo captar el sentido y el mensaje sacramental que hay en toda la creación y cantarlo para los demás.

Pero es necesario saber leer bien el Cántico. Se han dicho muchas simplezas sobre su significado, queriendo ver solamente un amor cándido o idílico hacia la naturaleza. Y efectivamente, el Cántico representa todo un gran amor a la naturaleza, pero es un amor que refleja una gran admiración hacia la obra de Dios como creador de la misma. Se ha dicho que bajo su aspecto cándido, el Cántico constituye a la vez una protesta y una llamada a la superación. Francisco aprendió a contemplar los seres vivos y las cosas de una forma ingenua, sencilla, fraterna. Dejó de verlos desde el ángulo de su valor comercial, para considerarlos criaturas de Dios y, por lo tanto, dignos de interés por sí mismos. Francisco cantó para mostrarles a los hombres la tierra fraternal, liberada del dominio del dinero y de toda servidumbre.

1.- La fraternidad en Francisco de Asís.-

Todas las biografías más antiguas de Francisco coinciden en destacar la estrecha unión que establecía con todas las personas y todas las cosas. Pero el torbellino de fraternidad que manaba de él, no nació de un modo intemporal, sino que coincide con la revolución social que se está produciendo en su tiempo. Francisco procedía del ambiente comercial y urbano, pero descubrió inmediatamente la angustia de los pobres, pero sobre todo, descubrió al Cristo evangélico entre los pobres, entre los hombres. Y ese descubrimiento lo pone en camino de una verdadera fraternidad.

En el sentimiento de fraternidad en Francisco podemos distinguir varios niveles a modo de círculos concéntricos.

2.1.- Fraternidad con las personas.-

Cuentan sus biógrafos que poco después de su “conversión comienza su atracción por todo lo que fuera pobre o insignificante. Primero fueron los pordioseros, luego los leprosos. A los primeros, los llamaba por su nombre, les pedía que le contaran algo de su vida, sus esperanzas, etc. Se dice que por entonces viajó a Roma y que, en el atrio de San Pedro cambió sus vestiduras con un harapiento que pedía limosna, sentándose él mismo entre los demás pordioseros y comiendo con ellos de lo que recogían.

A su vuelta, ocurrió uno de los hechos más importantes en su vida: el encuentro con los leprosos. Una mañana, en las estribaciones del monte Subasio, se encontró en un recodo con un leproso que le pedía limosna con su brazo carcomido por la lepra. Aunque el primer impulso fue desaparecer al galope, saltó del caballo y se encontró por

primera vez en su vida frente a frente con el leproso. Pero no sólo le dio una limosna, sino que lo cogió en brazos y lo besó. De esa forma, dicen sus biógrafos, superó la prueba de fuego. Si hasta entonces sus amigos habían sido los pobres, a partir de este encuentro sus predilectos serían los leprosos.

Durante unos 3 años, Francisco dedicó su vida a los pobres y a los leprosos a la vez que restauraba la capilla de San Damián y la de Santa María de los Ángeles. Así pasaba sus horas inmerso en la provisionalidad. Un 24 de febrero, festividad de San Matías, oyó el evangelio de la misión de los 12 (Mt. 10,5-10): “Id y predicad a todo el mundo. No llevéis oro ni plata ni calderilla para llevarlo en la faja, ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón...”. Francisco quedó impresionado. Pidió al sacerdote que le explicara el significado de ese texto y exclamó gozoso:

- ¡Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, lo que mi corazón anhela!

Salió corriendo, se soltó el cinto y las sandalias, se despojó del vestido y del bastón que usaba, y se procuró un saco a modo de túnica con capuchón sujeto al cuerpo con una cuerda... y se lanzó al mundo. Había nacido el hábito franciscano. A la luz del evangelio, Francisco comprendió que Dios no le pedía que restaurara iglesias ruinosas, sino la Iglesia viva y sus ruinas humanas. Y el Señor le dio hermanos.

El primero que rompió la soledad de Francisco fue Bernardo de Quintaval, hombre rico y bien considerado por la sociedad, a la vez que sencillo y piadoso. Había seguido la evolución de Francisco y mantenido numerosas conversaciones con él. Una noche, después de cenar, decidió seguirlo. A la mañana siguiente, buscaron a otro amigo, el canónigo Pedro Catani, que ya había manifestado sus deseos de ir con Francisco y marcharon a la iglesia de San Nicolás. Los biógrafos más antiguos nos han conservado perfectamente lo que entonces sucedió. Después de la misa, Francisco se dirigió al altar y tomando el misal lo abrió y se encontró con la frase: “Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; luego, ven y sígueme” (Mt 19,21). Lo abrió por segunda vez y apareció el texto: “El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame” (Lc 9,23). Y por tercera vez leyó: “No llevéis alforjas para el camino...” (Mt 10,10). Francisco les dijo:

- Hermanos, el Señor nos ha hablado. Él mismo lo ha decidido. El evangelio será nuestra única inspiración y regla. ¡En marcha, hermanos!

Era el 16 de abril de 1208. Había nacido la fraternidad franciscana. A la semana siguiente se les añadió Gil (Egidio), cristiano sencillo y piadoso que le pidió que lo recibiera como uno de los suyos. Ya eran cuatro, dos parejas. Al cabo de cierto tiempo se les añadieron Sabatino, Morico el Chico, Juan de Capella y Felipe Longo. Ya eran ocho.

Francisco sufrió por entonces una de sus grandes crisis: ¿qué hacer con los hermanos que se le habían juntado? ¿Qué quería Dios de ellos? Se sentía el único responsable de sus hermanos, pero pobre y sin preparación alguna, iletrado e ignorante, ¿Qué hacer? Y tomó una decisión: redactaría un pequeño documento a modo de regla de vida y se la presentaría al Papa. No se trataba de inventar nada sino de reflejar por escrito el estilo de vida que llevaban los hermanos. De esta forma, en pocos días estuvo acabado el documento. Lo llamaron “Regla primitiva” o “Protorregula”, embrión de las reglas posteriores. Este documento se perdió y no ha sido posible reconstruirlo, aunque

se sabe que era un acopio de textos evangélicos a los que añadió unos pocos elementos para uniformar la vida de los hermanos.

2.2.- Fraternidad con las criaturas.-

Francisco amplía su fraternidad fuera de los límites de lo humano para abarcar el mundo de los animales y al mundo de los vegetales. Todas las biografías escritas en los años siguientes a su muerte destacan unánimemente la amigable unión que Francisco establecía con todas las criaturas. El más antiguo de ellos, Tomás de Celano, escribía en 1229:

“Cuando se encontraba con las flores, les predicaba como si estuviesen dotadas de inteligencia y las convidaba a alabar al Señor. Lo hacía con tiernísima y conmovedora ingenuidad; exhortaba a gratitud a los trigales y viñedos, a las piedras y a la espesura, a la llanura de los campos y a las corrientes de los ríos, a la belleza de las huertas, a la tierra, al fuego, al aire y al viento. En fin, le daba el dulce nombre de hermanos y hermanas a todas las criaturas, de las que, de modo maravilloso y a todos desconocido, adivinaba los secretos, como quien goza ya de la libertad y de la gloria de los hijos de Dios”³.

La fraternidad en Francisco no sólo se humaniza sino que se hace universal. Son múltiples los detalles que se nos han transmitido sobre cómo vivía esta fraternidad. Francisco amaba a todos los animales, pero especialmente a los más desfavorecidos y a los que el resto de los hombres atendían menos. No buscaba servirse de ellos, sino que los quería por ser considerados inferiores e inútiles por los demás hombres. Con especial cariño trataba a las alondras, de las que decía:

“Nuestra hermana alondra lleva en su moño capucha, como nosotros, y es un ave humilde, que va alegre por los caminos buscando granitos para comer, y aunque los encuentre entre el barro y la basura, los saca y se los embucha... Además, el vestido de su plumaje, con las mangas largas de sus alas, es como el nuestro, de color terroso, y así da buen ejemplo a los religiosos para que no se vistan con trajes preciosos o llamativos, sino con la sencillez y el pardo color de la tierra de los campos”⁴.

Conocido es también el diálogo que establece con el “hermano lobo” que amenazaba a las personas de la ciudad ofreciéndole un trato: los hombres te darán comida y tú ya no atacarás a los hombres. A partir de entonces, el lobo paseaba por la ciudad, todos le daban de comer y lo consideraron como un nuevo ciudadano... hasta con derecho a sepultura: No es una simple leyenda. Dentro de la iglesia de Gubbio hay un lobo sepultado.

¿Y qué decir de las plantas? Cuentan sus biógrafos que a un hermano que cortaba leña para el fuego, le recomendó con sumo cariño que no cortara el árbol entero para que pudiera seguir viviendo... O a otro hermano, que le echa en cara su utilitarismo al cultivar frutos en toda una parcela, proponiéndole que deje la zona más soleada para que crezcan las hierbas aromáticas y las flores para que, oliéndolas y viéndolas, se pueda oír cómo nos dicen que Dios las ha creado para nosotros. Asimismo, les decía a sus frailes que dejaran un rincón para las malas hierbas, porque también tienen derecho a existir, puesto que alaban a Dios a su manera y, por lo tanto, son hermanas nuestras.

³ 1 Celano, 80-81.

⁴ Leyenda de Perusa, 14; Espejo de perfección, 113.

Ciertamente, podríamos seguir enumerando ejemplos de cómo Francisco amaba y cuidaba a las criaturas que le rodeaban. No se trataba de simple romanticismo. En el romanticismo, el “yo” se mantiene en su propio universo, cerrado sobre sí mismo; Francisco se eleva por encima de sí mismo abriendo el círculo y hermanándose con toda la creación para cantar juntos el himno de alabanza al Creador.

2.3.- Fraternidad cósmica.-

El concepto de fraternidad da en Francisco un paso más. Ya no se tratará sólo de las criaturas vivientes, sino que ampliará el círculo a todo el cosmos, a toda la creación. Y no solamente a la creación material sino también a la inmaterial pero existente y, por lo tanto, también hermana.

Como veíamos al principio, la demostración más elevada de ese sentido de fraternidad cósmica lo podemos observar en el “Cántico de la criaturas”. En este cántico, el franciscano francés Eloi Leclerc ha querido ver, sobre todo, la traducción de una pura admiración ante la obra de Dios⁵. Es el canto de un hombre que durante toda su vida trabajó y luchó para lograr un poco más de fraternidad entre los hombres y porque apareciera en la sociedad de su tiempo la humanidad de Dios. Utilizando las palabras de L. Boff podemos decir que:

“En él encontramos una síntesis afortunada entre ecología interior y ecología exterior.”⁶.

El Cántico pone de relieve elementos muy significativos de una ecología interior. En su estructura se revela la búsqueda y el encuentro de la unidad global. En él se entrecruzan dos líneas: una horizontal y otra vertical. Al comienzo se dirige verticalmente a Dios: “Altísimo, omnipotente, bondadoso Señor...”. Pero Francisco, en su minoridad, se da cuenta de que no puede cantar directamente a Dios, “porque ningún hombre es digno de hacer de ti mención” y se vuelve a las criaturas en un movimiento horizontal, porque todas ellas le hablan del Creador. Es decir, considera que si por nuestra minoridad no podemos hablar directamente con Dios, sí podemos hacerlo con las criaturas en las que ve la presencia de Dios, considerándolas sacramentos de Dios.

A continuación canta al hermano sol al que lo considera señor, pero como también ha sido creado por Dios, no deja de ser hermano. De la misma forma, la Tierra es considerada por Francisco como madre, pero por haber sido creada por Dios es también hermana. Por último, para no extenderme demasiado, el hermano fuego. En varias ocasiones se había referido al fuego como la criatura que más se parece a Dios: los dos están llenos de vida y movimiento. Los dos alumbran y calientan. Los dos resplandecen y mueven. Los dos son hermosos y vibrantes.

Francisco llamó también hermanas a las enfermedades y hermano al dolor. El hermano dolor -decía- nos purifica, nos desata de las ataduras terrestres y nos arroja en los brazos de Dios. Bienaventurado el hombre a quien el dolor sorprendió armado con la fe y el amor.

Finalmente, la hermana muerte corporal. No le teme como a una bruja que venga a quitarle la vida, sino que la considera una hermana que viene a abrirle las puertas de la

⁵ Cf. E. Leclerc, Francisco de Asís, El retorno al Evangelio, Ed. Aranzazu, Oñati, 1993; Francisco de Asís. Un hombre nuevo para una sociedad nueva, Sígueme, Salamanca, 2006.

⁶ L. Bof, Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres, Trotta, Madrid, 1996, 268-269.

eternidad. Por eso, Francisco se abraza a la muerte porque es una hermana, portadora de una vida más amplia e inmortal. Dando la vuelta a la vida, se encuentra con la muerte. No hay por qué temer; podía abrazarla. Francisco acaba su vida reconciliándose con la muerte.

3.- El itinerario espiritual de Francisco.-

Francisco tuvo que recorrer un largo camino para llegar a ese fin. Es lo que podemos llamar el itinerario espiritual de Francisco.

J-Y Leloup⁷ considera que en el itinerario vital de todo ser humano se pueden distinguir siete grandes etapas, que suelen ser aceptadas por casi todas las tradiciones religiosas: la experiencia de lo numinoso, la metanoia, las consolaciones, la duda, el paso por el vacío, el estado de transformación y la vuelta a la vida cotidiana. L. Boff⁸ ha reflexionado sobre ellas en Francisco, destacando su carácter provocativo para el hombre del siglo XXI.

3.1.- La experiencia de lo numinoso.-

Se trata de la experiencia que un ser finito tiene sobre lo infinito; de cómo un ser limitado como nosotros puede conocer el ser infinito y tener experiencia de lo ilimitado, sin caer en la simple ilusión. Lo numinoso es una experiencia en la que quedamos fascinados a la vez que aterrorizados, porque sobrepasamos nuestros propios límites. Y no se necesita llegar a la muerte para tener esta experiencia.

A Francisco, la experiencia de lo numinoso le llegó a través del pobre. Francisco era hijo de un acaudalado burgués de Asís. Su juventud ocurrió entre fiestas y canciones hasta que su encuentro con los pobres le hizo cambiar de vida. Pero el concepto de pobreza y de pobre en Francisco no coincide del todo con el que tenemos actualmente. Actualmente, el pobre es el que no tiene nada y el rico es el que tiene mucho, porque nuestra medida es el tener. Para Francisco, la pobreza es la capacidad de dar, de dar y de darse, de tal manera que cuanto más nos damos más tenemos. Es diferente de la lógica del “tener” que hoy predomina: cuanto más damos, menos tenemos, menos nos queda. En la lógica del “ser” de Francisco, al contrario, cuanto más damos y más nos damos, más humanidad tenemos, más somos. Francisco comprendió que la pobreza es estar disponible para darse a los demás, para ser libres; por eso, la pobreza va fuertemente unida a la libertad en Francisco. Lo que separa a unos hombres de otros son los intereses, los “inter-esses”, lo que está entre nosotros. Por eso, la verdadera pobreza es ponerse a disposición de los demás sin intereses, sin nada que se interponga entre unos y otros.

3.2.- La metanoia.-

El segundo paso es la metanoia, el cambio de mente que lleva al cambio de vida. En este paso, buscamos a alguien que nos ayude a comprender lo que nos ha sucedido. La señal de la experiencia numinosa es que ya no podemos vivir de la misma forma que antes. Necesitamos a alguien que nos diga que no estamos locos, que nos escuche y,

⁷ J-Y Leloup, Introducción a la fenomenología de los itinerarios espirituales, en J-Y Leloup y L. Boff, *Terapeutas del desierto*, Sal Terrae, Santander, 1997, 17-27.

⁸ L. Boff, Las etapas del camino espiritual de san Francisco de Asís, en J-Y Leloup y L. Boff, *Terapeutas del desierto*, Sal Terrae, Santander, 1997, 28-50.

sobre todo, que nos ofrezca los medios para integrar esa experiencia numinosa en nuestra propia existencia. La integración es fundamental. Si no la integramos, podemos desaprovechar la ocasión.

Francisco no la desaprovechó, sino que fueron los leprosos quienes le ofrecieron ese sentido y ese camino. Su verdadera metanoia, se produjo cuando Francisco se encontró y abrazó al leproso. Al verlo entre sus brazos, descubrió en el leproso a Jesucristo. Abandonó el mundo, la estructura social de su tiempo medieval y fundó otro tipo de sociedad. Se convirtió en un leproso, asumió el mundo de los leprosos, compartió con ellos su modo de vida, se hizo uno de ellos.

3.3.- Las consolaciones.-

En esta tercera etapa se suelen tener algunas experiencias gratificantes, llamadas normalmente consolaciones. Son momentos de una cierta paz duradera, de silencio interior, y a las que tenemos el peligro de apegarnos demasiado en lo que San Juan de la Cruz llamaba “materialismo espiritual”. Esos momentos hay que saber acogerlos con gratitud, pero no buscarlos ansiosamente ni quedarnos en ellos, porque nos impedirán avanzar quedándonos en una especie de “sopor espiritual” que puede ser muy peligroso.

Francisco encontró sus consolaciones en Cristo y en el Evangelio. En la capilla casi abandonada de San Damián, Francisco se encontró con Cristo y Cristo crucificado que le encomendó una tarea: “Reconstruye mi casa que está en ruinas”. Como sabemos, Francisco entendió al principio literalmente ese mensaje, hasta que comprendió que lo que se le pedía era la reconstrucción espiritual de la Iglesia. Pero Francisco, hasta el final de sus días, no quiso fundar una Orden al estilo dominante en su tiempo, sino solamente rehacer la Iglesia en base al Evangelio. Quiso crear un nuevo pueblo, un nuevo orden, basados simplemente pero solamente en el Evangelio. La gran consolación de Francisco fue el Evangelio tomado al pié de la letra, con todas sus exigencias y sin interpretaciones que lo adaptaran a nuestra mediocridad humana quitándole su fuerza.

3.4.- La duda.-

Después de la etapa agradable de las consolaciones, la vida suele presentar ocasiones en que parecen desvanecerse nuestras ilusiones. Después del tiempo de consolación viene siempre el tiempo de prueba; un tiempo en que nos sentimos secos por dentro, como si fuéramos un desierto. Pero esta etapa nos sirve para preguntarnos sobre nosotros mismos, para salir reconfortados de ella. En el campo de la fe, es la etapa en que se pasa de una fe infantil a una fe adulta, porque la fe que no ha tenido dudas no es una fe verdadera; es sólo una creencia que no se ha llevado a la vida, no es una experiencia.

Para Francisco, la duda le llevó al camino de la locura. En efecto, la gran crisis se le presentó a Francisco en relación con lo más querido para él: su fraternidad. Era natural que después de llevar unos años de experimentación de la vida puramente evangélica, llegara el momento de dar a la orden una base jurídica y precisa. No le fue fácil dar el paso. El no quería reglas; lo único que quería era seguir el Evangelio. Pero tuvo que ceder. Para Francisco, la aprobación de la regla en 1223 supuso la superación de la gran duda, de la gran crisis.

3.5.- El paso por el vacío.-

Se trata de un vacío misterioso que se podría comparar con la “kenosis” griega, con el aniquilamiento. Pero no es el vacío de la depresión, sino el vacío como camino

de la transformación. En esos momentos de vacío es cuando descubrimos la alteridad del ser; es cuando experimentamos un nuevo nacimiento. Nuestro cuerpo y nuestra mente, cuando están en una situación de vacío, dejan pasar el nacimiento de la Gran Vida; permiten que la Gran Vida se encarne de nuevo a través de nosotros mismos. Es como un vaso que, después de haber sido limpiado, se abre de nuevo para dar de beber a los demás.

Francisco pasó también por esta etapa, en la que sufrió mucho. Dos años antes de morir sufrió una gran crisis derivada del enorme crecimiento de su orden y de los problemas que ese crecimiento presentaba para la fraternidad. Él nunca quiso construir conventos, pero tuvo que aceptar la lógica de la realidad. Pero sufrió una crisis tan profunda que se retiró a un bosque y allí estuvo un año entero. Renunció a ser el ministro general de la Orden y su coordinador; no quería hablar con nadie ni dirigir a nadie.

3.6.- El estado de transformación.-

A la etapa anterior de paso por el vacío le sucede esta sexta que es el estado de transformación, de unión. Los antiguos ponían la imagen del fuego para explicarla: cuando echamos leña al fuego, al principio se produce una fuerte humareda, pero después la leña se transforma en fuego y ya no se puede distinguir de él. El fuego no quema al fuego. Mientras el fuego nos quema, es señal de que aún no nos hemos transformado en fuego. Pero llega el momento en que el “ego” (la leña) se convierte en el “Ser” (el fuego). La divinidad quema nuestra humanidad; no la destruye sino que la ilumina y la transforma desde dentro.

Francisco salió de la crisis transformándose en Cristo a través del Evangelio. Durante su último retiro en el Monte Alverna, Francisco acudió por tres veces al Evangelio para conocer cual era la voluntad divina sobre él y sus circunstancias. Las tres veces abrió el Evangelio al azar como hizo en los primeros días de su caminar evangélico, y las tres veces la salió el tema de la pasión⁹. Y unos días después sucedió la maravilla de la estigmatización, perfectamente relatada por varios de sus biógrafos¹⁰. Después de un proceso de sufrimiento y de insensibilidad, se llenó de alegría sintiéndose plenamente transformado y unido a Cristo crucificado, sintiéndose uno con el mismo Cristo.

3.7.- La vuelta a la vida cotidiana.-

Se podría pensar que la etapa de transformación y de unión es la última del itinerario espiritual de un hombre. Sin embargo, muchas tradiciones religiosas consideran otra etapa final: la vuelta a la vida cotidiana. Se trata de la integración en nuestra vida normal y diaria de esta llama y de esta presencia en la que nos hemos transformado. Esa integración nos ha de llevar a hacer de manera grande las cosas más pequeñas. Normalmente, al final de este itinerario espiritual no queda mucho de la imagen que teníamos de nosotros mismos al principio. Es como si hubiera una muerte de sí mismo. Pero esta muerte no es el fin; es la llamada “muerte del gusano” o, lo que es lo mismo, el “nacimiento de la mariposa”.

Y ese camino lo siguió también Francisco. Pasadas unas semanas de la estigmatización, Francisco volvió a Asís. Fue allí, en este estado, como escribió el

⁹ 2 Celano, 93.

¹⁰ Cf. 1 Celano, 94-95; Leyenda de los tres compañeros, 69; San Buenaventura, Leyenda mayor, XIII.

“Cántico de las criaturas” con el que hemos comenzado la intervención. Es un cántico a la reconciliación con todos, a pesar de sus terribles dolores corporales y la soledad de su espíritu. En el Cántico nos habla la propia conciencia de Francisco, el místico que ha encontrado su verdadero centro interior. Establece un desposorio entre el cielo y la tierra, así como entre una serie de parejas masculinas y femeninas: el sol y la luna, el fuego y el agua, el viento y la lluvia. Son parejas que parecen contradictorias a primera vista, pero él sabe integrarlas de tal manera que hace presente esa unión íntima y última entre todas las cosas entre sí y con el Creador.

4.- Fundamentos de la fraternidad en Francisco.-

Como acabamos de ver, Francisco vive no sólo la dimensión vertical (hombre-Cristo-Dios) sino también la horizontal (hermano-hermano), elaborando una profunda síntesis entre la ecología interior y la ecología exterior. Por lo tanto, simplificando mucho las cosas, podríamos decir que lo que fundamenta el concepto y la vivencia de la fraternidad en Francisco es su imagen de Dios y su imagen del hombre y, especialmente, la relación entre ambas.

4.1.- La imagen de Dios en Francisco.-

Francisco no fue un teólogo ni mucho menos. Ya hemos visto cómo él se consideraba un iletrado; por eso nunca pretendió ejercer de teólogo. Sin embargo, no despreció nunca a la ciencia teológica ni a ninguna otra ciencia, y en su testamento dejó constancia del profundo respeto que sentía para con los teólogos. Pero lo que intentó hacer fue no dejarse prender por la afición a la ciencia por la ciencia, sino que prefirió la sabiduría de la vida y del amor.

El Dios de Francisco es un Dios Padre, un Dios cercano, el “abba” de Jesús. Es un Dios débil y pequeño, pero que asumió nuestra condición para mostrar la grandeza de la condición humana. En un Dios omnipotente porque puede hasta aguantar nuestra humanidad. Es un Dios Padre creador de todas las cosas, a las que ama porque las ha creado buenas, como podemos leer en Sab. 11. Es un Dios compasivo y misericordioso, cuya última palabra no es el castigo o la muerte sino el perdón y la vida. Es el Dios de la suma bondad.

4.2.- La imagen del hombre en Francisco.-

Se ha dicho que la antropología de Francisco está cargada de dimensiones teológicas, por la cercanía que encuentra entre el hombre y Dios o entre Dios y el hombre. En consonancia con lo que llevamos expuesto sobre la fraternidad en Francisco, podemos destacar, una vez más con L. Boff¹¹, siete categorías en la imagen que tiene Francisco del hombre:

4.2.1.- Hermano.- Francisco nos considera a todos en el mismo plano puesto que todos somos hijos del mismo Padre. En eso reside la dignidad de ser hermanos; todos estamos situados a la misma altura. La dignidad de hermano se la concede también, como hemos visto, a los animales y a las plantas, al sol, a la luna y a las estrellas, al dolor y la muerte. Es decir, en Francisco la fraternidad se hace universal, cósmica.

¹¹ L. Boff, La imagen que san Francisco tenía del ser humano, en J-Y Leloup y L. Boff, Terapeutas del desierto, Sal Terrae, Santander, 1997, 68-96.

4.2.2.- Hermano menor.- Pero no simplemente hermanos; a la hora de elegir entre los mayores y los menores, Francisco se queda con los menores. Él quiso que su orden fuera de la los “Frailes Menores”, la “Orden de los Hermanos Menores”.

4.2.3.- Siervo.- En la sociedad feudal de su tiempo, dividida entre los señores y los siervos, Francisco asume la función de siervo, de súbdito. Por eso dice a todos sus frailes que tienen que servir a todas las criaturas, no sólo a los demás hombres sino que esa actitud de servicio la tienen que ejercer también frente a los animales, las plantas, etc. Cuando Francisco entona el “Cántico de las criaturas” canta con las criaturas, no canta a través de las criaturas, porque hacerlo “a través” tendría un sentido utilitario, las estaría utilizando como un puente para subir hacia Dios, convirtiéndolas en escalones. Francisco considera que Dios está en cada escalón y no sólo en lo más alto de la escalera; por eso no usa a las criaturas sino que canta con ellas, a la vez que ellas, poniéndose a su servicio.

4.2.4.- Cortés.- Para Francisco, la cortesía es fundamental. Pero no se trata de una cortesía aprendida en los libros o manuales al efecto, sino de una cortesía que nace del corazón y de la experiencia, que nos mantiene siempre en sintonía con el otro, porque nace de la cortesía de Dios. Cuando pide a sus frailes que sean corteses y delicados para con los demás, lo hace porque Dios actúa así con nosotros. Los frailes eran pobres, vestían mal, pasaban hambre, pero absolutamente corteses con toda la creación.

4.2.5.- Libre.- Francisco utiliza muy poco la palabra libertad, porque la asimila a la pobreza. Para él, la pobreza es la capacidad de dar, de dar y de darse, de manera que cuanto más nos damos, más libres nos hacemos. La pobreza total conlleva la libertad total, porque al ponerse a la completa disposición de los demás se queda uno sin nada propio y, por lo tanto, libre de lo que se puede interponer entre uno mismo y los otros. La capacidad de desprenderse de todas las cosas es lo que hace a uno verdaderamente libre.

4.2.6.- Alegre.- Se cree que la conocida frase “un santo triste es un triste santo” procede de Francisco. Él vivió la alegría de un modo muy especial. La alegría para Francisco no es la alegría del que ríe sin saber por qué; sino la alegría de saber que todos somos hijos de Dios y hermanos del gran Hermano. Es la alegría de la fe vivida no como un acto sino como una actitud de entrega total. Es la alegría de estar con, de estar entre. Es la alegría de la comunión.

4.2.7.- Misericordioso y compasivo.- La palabra misericordia tiene un fuerte significado para Francisco, puesto que nace de su propia experiencia con los pobres. Por eso urgía a sus hermanos a tratar con misericordia a los demás hermanos “pecadores”, ofreciéndoles siempre misericordia en lugar de recriminaciones, aunque ellos mismos la rehuyan. Francisco tenía la actitud de compasión: “compassio”, que significa sentir con el otro, alegrarse juntos, llorar juntos, vivir y crecer juntos. Es tener el mismo “pathos”, la misma fuerza, caminar juntos y en solidaridad. Por lo tanto, no se trata sólo de tener compasión con el inferior, con el desgraciado al que creemos que está debajo de nosotros, como ocurre muchas veces en nuestra sociedad moderna. Esa posible situación de “superioridad” está completamente reñida con el sentido de sencillez y humildad de Francisco.

5.- Francisco como precursor de la ecología. Actualidad de su experiencia de fraternidad cósmica.-

De acuerdo con E. Haeckel, su primer definidor, la ecología es el estudio de la inter-retro-relación de todos los seres vivos y no vivos entre sí y con su medio ambiente. Por lo tanto, no se trata de estudiar por separado el medio ambiente y los seres vivos y no vivos, sino hacerlo desde la globalidad de su interacción mutua. Cada vez está más aceptado que un ser vivo no puede ser considerado aisladamente como un simple representante de su especie, sino que tiene que verse en relación y en equilibrio con los demás representantes de la comunidad de vivientes y con las condiciones en que se desarrollan. De aquí que, en la actualidad, se suelen distinguir tres niveles o tipos de ecología¹²:

- a) Una ecología ambiental, que trata del medio ambiente y de las relaciones que los seres vivos, especialmente el hombre, establecen con él.
- b) Una ecología social, que se ocupa de las relaciones sociales ya que el ser humano es un ser social; de ahí que la justicia social entendida como recta relación entre las personas y las instituciones, implica una justicia ecológica entendida como una recta relación con la naturaleza.
- c) Una ecología mental, que se fundamenta en el hecho de que la naturaleza no es algo exterior al ser humano, sino interior; es de la mente de donde surgen los patrones de comportamiento que se concretan en actitudes de defensa o de agresión a la naturaleza.

5.1.- La ecología ambiental en Francisco.-

El desarrollo de la ecología ambiental está poniendo de manifiesto la importancia de la globalidad. La Declaración de Río de Janeiro de 1992 acabada diciendo que la salvación del planeta y de sus pueblos, de hoy y de mañana, requiere la elaboración de un nuevo proyecto de civilización que debe ser construido sinérgicamente por todos. Hoy hemos llegado a un punto en que o nos salvamos todos o nos perdemos todos. La ecología no puede reducirse al campo “verde” de la naturaleza, sino que se basa en las relaciones que todos los seres, principalmente los seres vivos, mantienen entre sí y con su entorno.

La visión moderna del mundo que nos está proporcionando la física cuántica, la biología molecular o la propia ecología nos debe llevar a comprender que todo tiene que ver con todo, en todos los puntos y en todos los momentos; que estamos envueltos en una red de relaciones y que nada ni nadie existe fuera de esas relaciones¹³. Según la física cuántica, toda la materia contenida en el universo deriva de las mismas partículas elementales constituidas por quarks y neutrinos. De los miles de partículas existentes sólo algunos parecen ser estables: el protón, el electrón, el fotón y el neutrón. ¿Y como reaccionan entre sí? Se ha dicho que:

“De cierto modo, lo que sustenta al átomo es una cuestión de amor, la atracción entre las cargas opuestas de los protones y los electrones... Como los amantes, los átomos sólo se unen cuando están excitados...”¹⁴.

¹² Cf. F. Guattari, Las tres ecologías, Pre-textos, Valencia, 1990.

¹³ Cf. AAVV, Ecología solidaria, Trotta, Madrid, 1996.

¹⁴ F. Betto, La obra del artista. Una visión holística del universo, Trotta, Madrid, 1999, 126.

Todo nuestro mundo está formado por moléculas resultantes de la combinación de átomos. El agua está formada por un átomo de oxígeno y dos de hidrógeno; al aire está formado por átomos de nitrógeno, oxígeno, carbono, hidrógeno, etc. La tierra, las plantas, los animales... todo está formado por átomos mantenidos por esa especie de amor.

A escala celular, la bioquímica y la biología molecular nos están diciendo que cada una de las miles de moléculas que existen en cada una de nuestras células tiene una estructura determinada que hace que sea la más apropiada para llevar a cabo una función determinada, de tal modo que entre ellas se establece una relación que las hace a todas igualmente necesarias y que, a su vez, se encuentra perfectamente regulada para que funcionen como un “todo” orgánico y armónico. Pero no olvidemos que cada molécula es el resultado de un “abrazo amoroso” entre sus átomos constituyentes, y que, a su vez, las moléculas se funden en otro “abrazo amoroso” para formar las células, y éstas igualmente los tejidos, los órganos y los sistemas de un organismo.

Por otra parte, dada la complejidad de los seres vivos, cada día está más aceptado en el campo de las ciencias de la vida lo que se ha dado en llamar el “principio hologramático”, que viene a decir que en las partes está presente el todo y el todo está en las partes¹⁵. O dicho con otras palabras, el universo está constituido por una inmensa trama de relaciones de tal forma que cada uno vive por el otro, para el otro y con el otro. Todos los seres están inter-ligados, re-ligados entre sí: el uno necesita del otro para existir. Eso es, a fin de cuentas, lo que significa el holismo, palabra derivada del griego “holos” = totalidad. Por eso, el sentido actual de ecología implica el pensar siempre holísticamente, convenciéndonos de que la totalidad no es solo la suma de las partes, sino fundamentalmente la interdependencia orgánica de todos los elementos. La ecología actual tiene que ser holística o no será ecología. La ecología se entiende hoy como relación, de tal manera que no existe nada fuera de la relación, porque todo tiene que ver con todo, en todos los momentos y en todas las circunstancias.

Como hemos visto en todo lo anterior, en este ámbito es donde se mueve Francisco. Pero con algo añadido; el hombre no es sólo un nudo de relaciones sino que es un nudo de relaciones cordiales. La cordialidad es una característica fundamental de Francisco: todo está unido a su corazón. Eso da lugar a que su experiencia de fraternidad represente el más vivo ejemplo de una antropología de relación y, sobre todo, de cordialidad con todos los seres. Es una antropología que sabe sentir el corazón de las cosas, para lo cual es indispensable entrar en sintonía con ellas viviendo la fraternidad universal y cósmica. No se trata solamente de que el otro esté allí y nosotros aquí, por muy cercanos que estemos. Es que tenemos que convertirnos en el otro, transformarnos en el otro, lograr una fusión mística con las demás realidades, vivir una experiencia de identificación con el otro. Se trata de con-vivir, con-sentir, com-partir y co-mulgar con las cosas. De ahí nace la comunidad con esas cosas conocidas amorosamente. Y esa fue la vida de Francisco.

5.2.- *La ecología social en Francisco.-*

La ecología social está dando lugar al desarrollo de una democracia ecológico-social planetaria. La crisis ecológica nos concierne a todos, por lo que necesita la participación de todos. Y la mejor forma de participación es una democracia. Pero para

¹⁵ K. Wilber, *El paradigma holográfico*, Kairós, Barcelona, 1991.

ello se necesita una educación ecológica que instruya a los hombres en la convivencia con sus hermanos cósmicos en una misma sociedad.

El filósofo francés J. Maritain y otros muchos han considerado que Francisco es el precursor de una nueva democracia universal de tipo socio-cósmica; no se trata de una democracia en la que todas las personas humanas son iguales y sin jerarquías, sino de una democracia cósmica, que incluye dentro de sí como ciudadanos no sólo a los hombres sino también a los animales, las plantas, el agua, el sol, la luna y las estrellas. Todos estos ciudadanos de la nueva democracia cósmica participan de nuestra convivencia, tienen derecho a vivir y deben ser plenamente respetados. Esta democracia cósmica es una democracia biocentralizada, es decir, centrada sólo en la vida y en la naturaleza. Ahora bien, como la naturaleza es el equilibrio entre la vida y la muerte, también debe ser incluida la muerte. Eso es lo que hizo Francisco en su tiempo: su democracia incluye todas las formas de vida e incluso la propia muerte. Cuando llamaba hermanos a los animales y a las plantas, al sol, la luna y las estrellas... y hasta a la muerte, ¿no estaba sentando las bases de esta nueva democracia cósmica?

Pero esta democracia ecológica-social y cósmica necesita resituar al hombre dentro de la naturaleza. El ser humano necesita redescubrir su lugar en esa comunidad fraterna y global, al lado de otras especies y no por encima de ellas, lejos del antropocentrismo dominante. Precisamente, Francisco no define al ser humano por lo que lo diferencia de los demás seres, sino por lo que tiene de común con ellos. La sociedad actual es eminentemente utilitarista y antropocéntrica. La Tierra se contempla en muchas ocasiones como un simple depósito de recursos de todo tipo sobre los que el hombre puede disponer a su libre antojo.

Si, como hemos dicho, la cultura moderna sitúa al hombre por encima de las cosas para poseerlas y dominarlas, Francisco vivió otra manera de ser en el mundo, poniéndose al lado de ellas para amarlas y convivir con ellas como hermanos y hermanas en una casa común. Todas las cosas las consideró animadas y personalizadas; él descubrió intuitivamente lo que hoy conocemos por la ciencia: que todos los seres vivos somos hermanos porque tenemos el mismo código genético. Para Francisco, todos con-vivimos en la misma casa paterna y materna, con un profundo respeto hacia todas las diversidades, especialmente con los más débiles. La democracia cósmica se transforma así en democracia humana y espiritual, siempre pendiente de la inserción de los más pobres y necesitados.

5.3.- La ecología mental en Francisco.-

La ecología de la mente, también llamada ecología profunda, trata de despertar en las personas su espíritu de escucha. El universo en su conjunto y cada uno de los seres que lo constituyen están cargados de historia. Por eso, una de las misiones del ser humano es descifrar este mensaje y celebrarlo. A partir de la ecología interior, el universo deja de ser una entidad neutral que sigue su curso de un modo independiente para convertirse en algo que concierne al ser humano. El universo se dirige hacia el ser humano, lo mismo que el ser humano se vuelve hacia el universo de donde procede. Ambos nos pertenecemos mutuamente. La naturaleza no es algo solamente externo, sino intrínsecamente interno al ser humano. Nos une un vínculo de fraternidad que Francisco ya intuyó en su tiempo. No podemos considerarnos como seres separados de la Tierra; somos hijos de la Tierra, somos la misma Tierra que se hace autoconsciente. El sol, la

luna y las estrellas, el agua y el fuego, los animales y las plantas..., todo vive en nosotros como figuras o símbolos cargados de emoción.

Francisco vivió esta experiencia de un modo profundo. Su gran aportación para su tiempo fue considerar que todas las cosas de la creación son hermanas porque proceden del mismo Padre. Francisco personalizó todas sus relaciones al considerar a todos los seres del universo como sacramentos de la presencia de Dios. Hoy día se acepta que esta sacramentalidad no debe considerarse sólo en la dirección vertical de Dios-universo, sino también en la horizontal de Dios-proceso evolutivo cosmogénico. Esto lleva consigo el mantener abierta la sacramentalidad hacia las nuevas formas de manifestación del misterio de Dios. La fe de Francisco le llevó a vivir intensamente la experiencia religiosa del origen común de todas las cosas. De esta manera experimentó cómo Dios muestra su presencia en cada ser y en su historia. Para él, Dios está presente en el cosmos y el cosmos está presente en Dios.

Diversos filósofos y teólogos del siglo XX (Whitehead, Ogden, Griffin, etc.) han dejado de poner a Dios y al mundo frente a frente, para considerar a Dios dentro del proceso del mundo y al mundo dentro del proceso de Dios, de tal manera que todo lo que ocurre en el mundo le afecta a Dios de alguna forma. El Creador rodea siempre a la criatura y al revés, aunque cada uno conserva su identidad. Así, la distinción sirve a la comunión. Dios no se identifica con el proceso cósmico, pero sí en el proceso cósmico. Y a la inversa, el universo no se identifica con Dios, pero se identifica en Dios.

Francisco se adelantó a esta manera de pensar ya en el siglo XIII puesto que, como hemos señalado con anterioridad, veía a Dios en todas las cosas, en todas las circunstancias. Comenzó a verlo en los pobres, en los leprosos, en las plantas y los animales, en el hermano sol, etc., hasta llegar a ver a Dios en la hermana muerte. Francisco se adelantó en la reconciliación entre el hombre y la naturaleza que hoy se exige en diferentes foros; Francisco reconcilió con su experiencia de vida al hombre con toda la creación: con lo masculino y lo femenino, con lo divino y lo humano, con lo diabólico y lo simbólico. Reconcilió lo alto con lo bajo, lo de dentro con lo de fuera, y, sobre todo, reconcilió a la humanidad con Dios. Por eso se le ha considerado como el paradigma de “homo reconcilatus”.

Esta visión franciscana de la naturaleza y Dios es lo que hoy se quiere expresar con la palabra “panenteísmo” (del griego pan = todo, en = en y theos = Dios): Dios existe en todo y todo existe en Dios. Por lo tanto, no se trata de caer en el panteísmo, sino de admitir el panenteísmo. Para el panteísmo, Dios es todo y todo es Dios. El cristianismo no puede aceptar esta visión panteísta porque eso significaría hacer a Dios igual que el universo, confundir el Creador con la criatura. Dios y el universo son diferentes, pero están abiertos uno al otro en una perfecta comunión. Para el panenteísmo, Dios está en todas las cosas y a la inversa; eso significa que podemos ver a Dios en las piedras, en los animales, en las plantas, en el sol, etc.... como ya hizo Francisco en el siglo XIII.

En este sentido (como en otros muchos), Francisco puede considerarse un precursor de P. Teilhard de Chardin. En la última página de su diario escrita el día 7 de Abril de 1955, el Jueves Santo antes de su muerte, este jesuita recogía como síntesis de su credo la frase “Dios todo en todas las cosas” (1Cor, 15,28). Esa era la expresión bíblica del “misterio de los misterios”: pleromizar a Dios, como él decía. Pleromizar

será la consecución final del momento en que Dios y la creación se unan en una totalidad sin confusión.

6.- A modo de conclusión.-

Después de todo lo anterior, podemos explicarnos el por qué de la fascinación que Francisco ejerció sobre los hombres de su tiempo y los hombres del siglo XX-XXI. Utilizando las palabras de L. Boff, el principal factor responsable de esa fascinación, el que inaugura un nuevo paradigma de la vivencia de la utopía cristiana *“es la recuperación de los derechos del corazón, el lugar central que da al sentimiento y la importancia de la ternura en las relaciones humanas y cósmicas. Creó una síntesis que se había perdido en el cristianismo: el encuentro con Dios, con Cristo y con el Espíritu en la naturaleza y, consecuentemente, el descubrimiento de la inmensa fraternidad/sororidad cósmicas.”*¹⁶.

Por eso no es de extrañar que ya en 1967 el historiador norteamericano L. White Jr., en un debatido artículo sobre “Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica” propusiera considerar la piedad cósmica de Francisco como la alternativa al impasse ecológico actual y sugiriera que fuera declarado oficialmente “patrono de los ecologistas”. Y eso fue lo que hizo Juan Pablo II, el 27 de Noviembre de 1979, con todas las honras y privilegios litúrgicos inherentes a esa proclamación.

Habíamos comenzado comentando el “Cántico de las criaturas” como oración-expresión de Francisco ante la creación. Podemos terminar esta exposición con una antigua leyenda que todavía hoy se conserva en la Umbría como oración-expresión del amor ecológico de Francisco y complemento del “Cántico”:

“Un día, Francisco le dijo al Señor entre lágrimas:

*Yo amo al sol y a las estrellas,
Amo a Clara y a sus hermanas,
Amo los corazones de los hombres,
Y todas las cosas bellas.
Señor, perdóname,
Porque sólo debería amarte a ti.
El Señor, sonriente, respondió:
Yo amo al sol y a las estrellas,
Amo a Clara y a sus hermanas,
Amo los corazones de los hombres,
Y todas las cosas bellas.
Mi querido Francisco,
No tienes por qué llorar
Pues todo eso lo amo yo también.”*

¹⁶ L. Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 1996, 259.